

LA RAZA

Comedia en tres actos y en prosa, estrenada en
el TEATRO DE LA PRINCESA la noche del 30 de
Abril de 1911.

UNIVERSITÄT
U. A. N. LI

PERSONAJES

CONSTANZA DE FUENTIOÑORO, MARQUESA
DE DOÑINOS
ÁNGELA, DUQUESA VIUDA DE AZARAL
CLARA, CONDESA DE EGUIZA
CRIADA
ISMAEL DE LA PEÑA
DIEGO DE FUENTIOÑORO
EL CONDE DE EGUIZA, LEOPOLDO DE
FUENTIOÑORO
AUGUSTO, DUQUE DE AZARAL
EL SEÑOR DE LAS TORRES
DON INOCENCIO
JUAN MANUEL, CHARRO VIEJO
PEDRO, OTRO CHARRO
CRIADO 1.º
IDEM 2.º

La acción en Salamanca.—Época actual.

DERECHA E IZQUIERDA, LAS DEL ACTOR

ACTO PRIMERO

El jardín de la casa de los duques de Azaral, en Salamanca. A un lado la entrada con su escudo sobre el portón, a otro la capilla; foro, árboles.

Es en Octubre, por la mañana, con sol.

ESCENA PRIMERA

ANGELA, AUGUSTO y DON INOCENCIO sentados a la izquierda; DIEGO a la derecha tomando su pocillo de chocolate en una mesita volante.

ANGELA.—¿Cuándo aprenderás a desayunarte a la hora de todos?

DIEGO.—¿De todos?... Supongo, querida prima, que el chocolate que tú has tomado no te hará creer que se desayunó don Inocencio.

ANGELA.—No puede, por la misa que dirá luego.

DIEGO.—Y yo, por el sueño que tuve antes.

ANGELA.—Es contra conciencia obligar a este buen señor a que pase la mañana en ayunas.

INOCENCIO.—Por Dios, señora duquesa, no se preocupe de mi humilde persona...

AUGUSTO.—Gracias a que el señor capellán tiene una salud de hierro.

DIEGO.—El cura y yo somos los dos mejores mozos de Salamanca. Y todavía poniéndonos el cinturón de cuero, si hay que echarle mano a un toro y derribarlo por tierra, o lanzar la barra a veinte metros, no nos quedamos atrás ni tú ni yo. ¿Es verdad, cura?

INOCENCIO.—*(Respetuoso.)*—Usted más que yo.

DIEGO.—*(Levantándose.)*—No me digas eso, ¡porra! que aún no hace tres días...

ANGELA.—*(Severa.)*—¡Diego! Ni la porra está bien aquí, ni es decoroso que tutees al señor capellán.

DIEGO.—*(Sorprendido.)*—¿Le he tuteado?...

ANGELA.—Sí.

DIEGO.—*(A Inocencio.)*—Pues dispensa.

AUGUSTO.—De esto no se curará. A grandes y a chicos, amigos o desconocidos, a todos les larga el tú por tú, y ellos que contesten como les parezca.

ESCENA II

DICHOS: JUAN MANUEL y PEDRO, por la derecha.

JUAN MANUEL.—Alabado sea Dios. ¿Hay licencia, señor amo?

AUGUSTO.—Pasa, Juan Manuel. ¿Qué hay?

JUAN MANUEL.—Este, que pide venia para una palabra.

(Por la derecha viene Constanza seguida de una criada, con una cestita de flores, y ambas entran en la capilla.)

AUGUSTO.—¿Qué ocurre, Pedro?...

PEDRO.—Pues a dar gracias a todos. Empezando por la señora duquesa.

ANGELA.—¿Está ya bien la chica?

PEDRO.—Comparada con antes, sí, señora. Por lo de hoy no podemos decir que sea un lucero...

AUGUSTO.—*(Explicándolo.)*—¿Que está mejor?

PEDRO.—Eso es. Y de paso venía a ver si la

señora perdonaba la renta de este año, que fué malo, y con el convalecer de la chica no podremos ir adelante si vuecencias apuran.

ANGELA.—Cada uno debe cumplir sus obligaciones, Pedro, que para eso estamos en el mundo.

PEDRO.—Para bien poco estamos...

ANGELA.—Y si tú no pagas y yo si no cobro, los dos faltamos a nuestros deberes.

PEDRO.—Pero la falta de vuecencia no es tan grande... y bien se la puede contar entre las veniales.

ANGELA.—En fin, sobre mi conciencia irá. Os perdono...

AUGUSTO.—(*Protestando.*)—Madre.

ANGELA.—(*Severa.*)—Y el señor duque también.

PEDRO.—Dios se lo pague.

ANGELA.—¿Quieres tú algo, Juan Manuel?

JUAN MANUEL.—Pues una novedad de las de así, así. Que la vaca *Pintada* se muere.

ANGELA.—Que compren otra.

JUAN MANUEL.—Y el profesor veterinario dice que...

ANGELA.—No me interesa.

JUAN MANUEL.—Estuvo toda la madrugada

observa que te observa; pero, por lo visto, no observó bastante.

ANGELA.—Que compren otra, si hace falta, y hemos terminado.

JUAN MANUEL.—Eso haré. Con su permiso, señor amo...

(*Mutis por la derecha Juan Manuel y Pedro.*)

INOCENCIO.—¡Qué lástima! Un animal tan lindo y que daba treinta cuartillos.

DIEGO.—Que le quitaban treinta cuartillos.

ANGELA.—Tú no entiendes de eso.

DIEGO.—No. Pero esta opinión no es mía: es de la vaca.

AUGUSTO.—No has hecho bien en condonar esa renta, madre.

ANGELA.—Total son tres mil reales, que no suponen nada en nuestra fortuna, y para ellos es la salvación. Y tú, Augusto, modérate un poco; no es delicado que me corrijas delante de extraños.

ESCENA III

DICHOS y TORRES, de la casa

TORRES.—¿Cómo vamos, señora duquesa viuda de Azaral?...

ANGELA.—¿Y usted, señor de las Torres?... ¿A oír nuestra misa?

TORRES.—(*Que es sordo.*)—¿Eh?...

ANGELA.—¿A oír la misa?

TORRES.—¿Cómo?...

AUGUSTO.—¿Que si viene usted a misa?

TORRES.—Sí, señor. A oír la misa.

DIEGO.—Pues ya puedes desgañitarte, cura.

TORRES.—¿Y los demás de la casa?

AUGUSTO.—Perfectamente. Tenemos una pequeña contrariedad con la vaca *Pintada*, que ha enfermado.

TORRES.—¿Enfermado?... ¿Quién?... ¿Constanza?...

ANGELA.—No.

TORRES.—¿Clarita?...

DIEGO.—¡No! La vaca.

(*Imitando el mugido.*)

El muuu...

TORRES.—¡Ah! Eso es otra cosa.

AUGUSTO.—Sí, señor.

TORRES.—Lo esencial es que ninguno de la familia...

ANGELA.—Siéntese.

TORRES.—Vengo de felicitar a Pepe Fernández.

ANGELA.—¿Quién es?

TORRES.—Aquel contratista de Obras públicas a quien le tocó el premio gordo de la Lotería de Navidad hace años.

AUGUSTO.—¿Le ha vuelto a caer algo?

TORRES.—Le concedieron el título de conde de los Siete Picos.

ANGELA.—(*Escandalizada.*)—¿A Fernández?...

DIEGO.—Pues si mis noticias no fallan, el título le va a resultar de ocho picos lo menos: siete que le dan y uno que le ha costado.

ANGELA.—(*Sorprendida.*)—¿Vendido?

DIEGO.—No, no. Fueron demostraciones previas de gratitud.

TORRES.—Cuando le he visitado estaba ya en conferencia con el arquitecto para poner el escudo en la fachada.

ANGELA.—¿Pero qué armas tiene ese hombre?... ¿Qué va a poner en los cuarteles de ese escudo?...

AUGUSTO.—No sé...

DIEGO.—Para uno ya le di yo la idea. Que ponga, en campo de gules, un décimo de Navidad.

ANGELA.—No trates en broma estos asuntos; te lo suplico, Diego.

ESCENA IV

DICHOS: CONSTANZA sale de la capilla; recoge cartas y periódicos de un criado que vendrá por la derecha.

TORRES.—(*Adelantándose a saludarla.*)—Marquesita de Doñinos...

CONSTANZA.—Señor de las Torres...

(*Repartiendo el correo.*)

Para ti, abuela; para ti, padre. Y un telegrama.

ANGELA.—¿Estará peor el tío Sebastián?

DIEGO.—Ya va siendo hora. Setenta años,

un puñado de millones... y un puñado de gente aguardando para heredar..

INOCENCIO.—¿No es soltero don Sebastián?

DIEGO.—Y de un soltero rico toda la humanidad se cree pariente.

AUGUSTO.—Está mejor; no es menester que vaya nadie.

ANGELA.—Díselo a Leopoldo, que estaba ya preparando el viaje.

DIEGO.—Díselo... pero con precauciones. Hay mejoras que siempre trastornan.

ANGELA.—¡Esta no es de esas!

DIEGO.—Lo iba a decir yo también.

CONSTANZA.—(*A la criada, que sale de la capilla.*)—Antonia, recoja esto.

(*La criada recoge el servicio del desayuno.*)

TORRES.—¿Ha leído usted *La Mañana*?

DIEGO.—No. ¿Qué dice?... ¿qué dice?

TORRES.—Yo tampoco la he leído. Lo preguntaba por si decía algo...

CONSTANZA.—¿Y los pequeños?

(*Haciéndole seña de muy bajos.*)

TORRES.—¿Los sobrinitos?... Bien.

(Constanza haciéndole seña de muy grandes.)

¿Los hermanos?... Bien.

(Diego haciéndole seña de unir y separar.)

TORRES.—¿El acordeón?... Ya no lo toco.

DIEGO.—Gracias, en nombre de los vecinos.

AUGUSTO.—Constanza, recuerdos de Pepa Cáceres.

ANGELA.—También me escribe, muy contenta de la miss que le mandamos.

AUGUSTO.—Igual me dice el marido: que ha llegado la miss, que es muy guapa, que los chicos adelantan mucho, y que él mismo, Carlos, a pesar de su torpeza para los idiomas, adelanta mucho con esa miss.

DIEGO.—Practicando, la mejor manera:

ANGELA.—¿Y esas cartas?

CONSTANZA.—Para Ismael.

AUGUSTO.—Recibe él solo más correspondencia que todos nosotros.

ANGELA.—Y seguramente la despacharía más a gusto en Madrid.

DIEGO.—Indirecta número treinta y seis.

AUGUSTO.—Si he traído a ese caballero, mis razones tendré.

ANGELA.—Nadie te las pregunta.

CONSTANZA.—Para los pobres ha sido una bendición esta visita. Gracias a él quedarán este año terminadas las obras del Asilo de Incurables; nos dió treinta mil pesetas.

ANGELA.—¡Y te atreviste a pedir dinero a un impío para una obra santa!

CONSTANZA.—*(Con dulzura.)*—Abuelita, Ismael no es impío.

ANGELA.—Te digo yo que sí.

CONSTANZA.—Y yo que no. Los que practican la caridad son tan virtuosos como los que la predicán, por lo menos.

DIEGO.—*(Aplaudiendo.)*—¡Bravo! Ahora, que si digo yo eso hay un cataclismo.

TORRES.—¿Qué ha sido?... ¿Qué ha sido?...

DIEGO.—Un cañonazo.

TORRES.—¿Dónde?

DIEGO.—Sabe Dios...

CONSTANZA.—*(Acariciándola salamera.)*—Déjame estar contenta en nombre de mis pobres.

ESCENA V

DICHOS: CLARA y LEOPOLDO, de la casa.

LEOPOLDO.—(*Besándola la mano.*)—Buenos días, abuela.

ANGELA.—¿Os parece hora de levantaros?

CLARA.—Prima Constanza...

CONSTANZA.—Prima Clara...

LEOPOLDO.—Hola, tío.

AUGUSTO.—Hola, Leopoldo. El tío Sebastián...

LEOPOLDO.—(*Con ansia.*)—¿Qué?...

AUGUSTO.—Está mejor.

LEOPOLDO.—(*Grave.*)—Lo celebro.

DIEGO.—(*Aparte a Torres.*)—Ya dije yo que le impresionaría.

TORRES.—¿Cómo? ¿Cómo?

DIEGO.—Nada. Usted es el único que guarda bien los secretos.

(*La criada, por la derecha, con unas flores, llama: «¡Señorita...!» y Constanza mutis por la capilla.*)

TORRES.—¿Cuidando siempre de la casa de Dios?...

CONSTANZA.—Concede tantas prosperidades a la nuestra que no hago nada de más atendiendo un poco a la suya.

(*Mutis ahora.*)

TORRES.—Y usted, condesita de Eguiza, ¿disponiendo ya su viaje a París?... No estuve nunca, pero creo que es...

CLARA.—¡Precioso!

TORRES.—Escandaloso, sí, señora. Celebro coincidir con tan discreto parecer.

CLARA.—Yo también.

TORRES.—Ahora quizá vaya. Tiene que ir un sobrinito de veintidós años, y para que solo no se pierda...

CLARA.—¿Van ustedes a perderse los dos?

TORRES.—Gracias a Dios, si señora, le podré yo vigilar.

ANGELA.—Ya que el tío Sebastián mejora, supongo que aguardarás aquí hasta el día 7, en que se celebrará el cabo de año en memoria de tu pobre madre... y de su marido.

LEOPOLDO.—Probablemente.

DIEGO.—Por la memoria del marido, aunque haya sido su padre, Leopoldo hará bien en marcharse.

ANGELA.—Era un Zabira, un igual nuestro, descendiente de...

DIEGO.—Todo lo Zabira y todo lo igual y todo lo descendiente que tú quieras; pero jugaba como un tahir y bebía como un carretero; si no dejó a Leopoldo por puertas y a pedir limosna...

ANGELA.—No digas eso; delante de los hijos no se debe murmurar de los padres.

DIEGO.—Entonces, lo prudente, delante de los hijos, es no hablar de los padres.

ANGELA.—En lo único que tienes razón, Diego, aunque no lo hayas dicho...

DIEGO.—Por eso la tengo.

ANGELA.—... es en quejarte de cómo el tiempo destruye las razas.

DIEGO.—Para lo que se pierde con algunas...

AUGUSTO.—(*Aparte a Diego.*)—Hazme el favor de no incomodarla.

ANGELA.—Y tú, un Fuentioñoro, en Villafranca del Roble, primo hermano de la duquesa viuda de Azaral, no tienes derecho para repetir esa vulgaridad injusta. La hora de for-

mar las estirpes ha pasado ya, es cierto. Conformémonos con sostenerlas, y cuando alguna familia, como la nuestra, conserva intacto su linaje y su fortuna, no debíamos cansarnos de dar gracias al cielo. ¿No es así, don Inocencio?

INOCENCIO.—Como la señora duquesa lo dice.

ANGELA.—¿Oíste?...

DIEGO.—Yo sí; el señor de las Torres supongo que no.

ANGELA.—Y por salir esa aprobación de labios del señor capellán...

DIEGO.—Me convence menos.

AUGUSTO.—¡Es el padre capellán!

DIEGO.—Por eso. Un hombre a quien pagais.

ANGELA.—¡No; sus ideas!

DIEGO.—Sus ideas, no; las vuestras.

CLARA.—Dieguito, no la enfades...

LEOPOLDO.—(*Aparte a Clara.*)—La abuela dice que nos quedemos, y yo, la verdad...

ANGELA.—¿No podríais callar un momento vosotros?

LEOPOLDO.—Abuela...

ANGELA.—Interrumpir a las personas mayores no es cortés.

CLARA.—(*Aparte a Leopoldo.*)—Calla. Hablaremos luego en misa.

ANGELA.—¿Qué decías tú, Diego?

DIEGO.—Lo que decía no lo sé; lo que digo es que me parece muy bien vuestra gratitud al tiempo que os hizo, por razón de los tiempos nada más, nobles y ricos; pero yo, nieto de segundones, no estoy obligado a cantar alabanzas.

AUGUSTO.—¡Vives aquí como en tu propia casa!

DIEGO.—Pero yo preferiría tenerla propia; mi único error, y ese puede que no sea mió, es haber nacido demasiado tarde. Hoy me sirve de bien poco enchufar mi parentesco con el rey Wamba.

ANGELA.—(*Despreciativa.*)—Ya sé que te hiciste liberal.

LEOPOLDO.—Y ha podido hacerse otras muchas cosas peores.

ANGELA.—¿Confío en que no pretenderás mezclar tus gracias en una conversación seria?

LEOPOLDO.—No, no...

(*Clara llama la atención a Leopoldo para que no rechiste.*)

ANGELA.—Y nuestro deber, ante la lucha y

el desquiciamiento social, es el de unirnos, el de apiñarnos bien... ¿No ha de ser así, don Inocencio?

INOCENCIO.—Así, señora duquesa.

DIEGO.—¡También me convence esa opinión! ¡La opinión de unirse, de agruparse, proclamada por quien empezó haciendo voto de vida solitaria!

INOCENCIO.—(*Disculpándose.*)—Me pidieron parecer...

DIEGO.—Y te olvidaste de dar el tuyo.

ANGELA.—No seas perturbador... ¡Quedamos tan pocos!...

LEOPOLDO.—Quedas tú, abuela, la noble duquesa viuda de Azaral.

ANGELA.—(*Conmovida.*)—¡Gracias, Leopoldo.

DIEGO.—(*Aparte a Augusto.*)—Leopoldo anda mal de fondos.

AUGUSTO.—(*A Diego.*)—Cuando se le recrudece el amor a la familia, siempre acaba en pección.

ANGELA.—Y quedáis vosotros. Mi hijo Augusto...

DIEGO.—(*Con énfasis.*)—El señor duque de Azaral.

ANGELA.—Su hija Constanza. Y tú, Leopoldo, conde de Eguiza, con tu mujer.

AUGUSTO.—Y Diego...

DIEGO.—Yo cada día quedo menos.

AUGUSTO.—Y el hermano de éste, Federico.

ANGELA.—¡No! Desgraciadamente, Federico no es ya de los nuestros. Por su gusto se apartó de nosotros con ese matrimonio desigual.

AUGUSTO.—Que le hace muy feliz.

ANGELA.—Para mí continúa soltero.

LEOPOLDO.—Para él, no.

AUGUSTO.—Y mientras no admitas a los dos no vendrá ninguno a esta casa.

DIEGO.—Habréis observado que no digo palabra, ¿eh?...

AUGUSTO.—*(Rápido.)*—¡Te lo agradezco, te lo agradezco mucho!

DIEGO.—Y podría decirlo...

AUGUSTO.—¡Ya lo sé, ya lo sé!

ANGELA.—Y tú, hijo, que debías velar tanto como yo por la pureza de estos prestigios, no estás acertado con algunas amistades.

DIEGO.—Indirecta treinta y siete.

AUGUSTO.—No tengo por qué negarle mi amistad a quien ha llegado, por su propio es-

fuerzo, a la fortuna, a la posición social y al respeto de quienes han nacido más que él.

ANGELA.—Rechazo únicamente la intimidad con un espíritu descreído.

DIEGO.—¿Descreído Ismael de la Peña?... Al revés, fanático, sólo que cree en otra clase de milagros.

ANGELA.—No era menester que le trajeras a vivir aquí.

AUGUSTO.—Un compromiso. Somos compañeros de Senado, aunque él es bastante más joven que yo; quiere comprar unas tierras y me pareció natural ofrecerle la casa...

ANGELA.—No pretendo contrariarte, Augusto; pero sabes demasiado que no me satisfacen este choque diario de sentimientos. Ciertas delicadezas no se aprenden en el arroyo, y ese Ismael de la Peña del arroyo viene.

DIEGO.—Y de la Peña.

ANGELA.—Y no es correcto el ver nuestra casa, apacible y tranquila, convertirse en antesala de pedigüños.

LEOPOLDO.—Es inmensamente rico.

CLARA.—E inmensamente generoso...

DIEGO.—Y le acosan con fruto.

ANGELA.—¡Cualquiera diría que no cono-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. B.

cíamos la caridad hasta que vino ese caballero!

DIEGO.—Hay mucha, ya lo sé; pero justifica tanto Ismael su fama de espléndido, que como pida un vaso de agua, si lo oyen tres criados, tres vasos le traen volando.

ANGELA.—Esa gente es muy codiciosa.

DIEGO.—Esa... y otra.

(Se oye el primer toque de misa.)

INOCENCIO.—Con su permiso...

ANGELA.—Llévese al señor de las Torres, que le ayudará a misa.

DIEGO.—Es una crueldad el despertarle: quizás esté soñando que oye a alguien.

TORRES.—*(Despertándose al empujoncito de Inocencio.)*—Ya escucho, ya escucho; pero estas cosas hay que meditarlas...

INOCENCIO.—¿Quiere acompañarme?...

(Clara hace ademán de golpes de pecho y toques de campanilla.)

TORRES.—¿Ayudar a misa?... Pensaba suplirle.

INOCENCIO.—Pues venga.

TORRES.—Con su venia, señora duquesa, y la de ustedes.

(Mutis por la capilla Torres y don Inocencio.)

ESCENA VI

DICHOS, menos TORRES y DON INOCENCIO. Un CRIADO de la casa entrega una tarjeta a AUGUSTO

AUGUSTO.—¿Para mí...?

CRIADO.—Para el señor de la Peña.

ANGELA.—¿Otra petición...? ¿Quién es?

AUGUSTO.—*(Leyendo.)*—«Angel García, director de las Escuelas laicas.»

DIEGO.—Un ángel que se equivocó de camino.

CLARA.—O de nombre.

AUGUSTO.—Dígale...

ANGELA.—Que se vaya.

AUGUSTO.—Mientras viva bajo nuestro techo, no estamos autorizados para discutir sus visitas.

ANGELA.—Yo no las discuto; las rechazo. ¡Las armas de los Arazales, nuestro cuartel con la Cruz y las Sagradas Formas, ganado

como defensores de la Religión, no lo mancha un impío y un hereje, pisando el suelo de mi casa! Digale usted que el señor de la Peña no recibe.

AUGUSTO.—¡Madre!

ANGELA.—O que no recibo yo.

(*Mutis criado.*)

AUGUSTO.—Me creas un conflicto... e Ismael dirá...

ANGELA.—Yo no sé lo que él dirá; yo digo que se prolonga excesivamente su estancia entre nosotros, que van cuatro días ya...

AUGUSTO.—Basta. Yo la abreviaré.

ANGELA.—Será lo mejor para todos.

DIEGO.—Continúa, que ahí viene...

ESCENA VII

DICHOS: ISMAEL por la derecha; luego el CRIADO de la casa

CLARA.—(*Yendo rápida a recibir.*)—Por usted preguntábamos...

ISMAEL.—Paseando por el jardín.

CLARA.—¿Y leyendo...?

ISMAEL.—No.

LEOPOLDO.—(*Acercándose y entregándose.*)—Más papelés y más cartas.

ISMAEL.—¿Descansó usted, duquesa?

ANGELA.—¿Y usted?

DIEGO.—Estábamos diciendo que sería lo mejor para todos. Acierta el qué...

ISMAEL.—No es fácil. Pero seguramente no sería nada exagerado, que eso nunca es bueno para todos.

DIEGO.—(*A Angela.*)—Parece que te ha oído...

ISMAEL.—¿Piensa usted lo mismo?

ANGELA.—Igual.

CRIADO.—Señor duque, insiste ese caballero en hablar con el señor de la Peña.

ANGELA.—Y yo me permití contestarle que usted no recibe a estas horas.

ISMAEL.—Que vuelva.

ANGELA.—No.

AUGUSTO.—Es el director de esas Escuelas laicas.

ISMAEL.—(*Sonriendo.*)—Ah... Le prometí cinco mil pesetas para contribuir...

ANGELA.—A una obra del infierno.

ISMAEL.—Si, duquesa. Pero no de ese infierno que nadie conoce, sino del otro, del que hay en la vida de los pobres.

ANGELA.—Que vengan a los colegios cristianos.

ISMAEL.—Perdone usted, señora. Las doy porque las necesitan, no porque piensen igual o distinto que yo.

ANGELA.—Es un error de usted.

ISMAEL.—¿Error mío, la miseria de ellos...? ¡No, duquesa, no; si acaso, error de...!

ANGELA.—¡Ismael!

ISMAEL.—... de quien pretende sembrar para sí mismo cuando da limosna a otro. Pero lo arreglaremos, ganando aún los pobres de usted. Consiéntame que le ofrezca otras cinco mil...

ANGELA.—*(Secamente.)* — Gracias. La caridad no puede admitirse a cambio de una complacencia...

ISMAEL.—Si rechaza usted la parte de Dios entregaré solamente la parte del diablo.

ANGELA.—Haga usted lo que guste.

ISMAEL.—Lo que usted me permita.

(Pausa.)

¿Puedo entregar esa cantidad?...

ANGELA.—Usted verá.

(Ismael se inclina, y mutis por la casa. El criado le sigue.)

AUGUSTO.—Eres muy intransigente, madre...

ANGELA.—Ya he visto el desagrado vuestro: no hubo una voz que me secundara. Es lo mismo; basto yo para defenderme. Comprenderás que cada hora será menos grata la presencia del señor de la Peña... Clara... Leopoldo... Mis nietos queridos, acompañadme. Vosotros sois mi esperanza, mi orgullo. ¿Verdad que pensais como yo?...

CLARA.—Verdad, abuela.

(Mutis por la izquierda, abrazando Angela a Leopoldo y a Clara.)

ESCENA VIII

AUGUSTO y DIEGO.

AUGUSTO.—Ismael no puede vivir aquí.

DIEGO.—Ni nadie. La familia, porque no tie-

ne más remedio; pero los demás... Es preciso ser Diego de Fuentioñoro, un despreocupado, para no ahogarse entre tantas preocupaciones.

AUGUSTO.—Y, sin embargo, necesito que me ayudes a prolongar la presencia de Ismael aquí. Estoy en una situación difícil. ¡Diego! Hace años cometí una torpeza...

DIEGO.—¿Una... y hace años? Seguramente eres modesto.

AUGUSTO.—Nuestra casa es muy fuerte: tenemos treinta y tantos mil duros de renta...

DIEGO.—Los mismos que en vida del abuelo.

AUGUSTO.—Que en mí ya no son más que quince. Pero siendo lo mismo, es muy diferente. Hace un siglo éramos poderosísimos, los primeros entre los primeros. Hoy, para conservar ese rango, es menester que permanezcamos unidos, pues si la fortuna se divide vendrá a nosotros la miseria. Es decir, la miseria...

DIEGO.—Sí, sí; está bien dicho. En el rico, todo lo que no es la opulencia, resulta miserable.

AUGUSTO.—Nadie conoce esta situación en la casa. A mi madre se la oculto piadosamente, para no herirla en su orgullo de gran se-

ñora, que perdona rentas y socorre con largueza. A Leopoldo le digo, y es verdad, que no están hechas aún las particiones y no conviene malvender... Y a Constanza, a mi hija, no tengo que hablarle siquiera.

DIEGO.—Ya estoy enterado.

AUGUSTO.—Y gracias que tenemos un administrador muy honrado.

DIEGO.—Echale.

AUGUSTO.—¿Por qué?

DIEGO.—Ya te lo dije en otras ocasiones. Le oí contar, como rasgo de probidad, que un pariente suyo devolvió un sobre con tres mil pesetas, encontrado en la calle y *que nadie le viera recoger*. Y en mi opinión, un hombre que distingue entre que se vea o no se vea recoger lo ajeno, es un hombre peligroso.

AUGUSTO.—Con éste no hay cuidado. Déjame seguir lo que te iba diciendo. Cuando se casó mi hermana Matilde, la madre de Leopoldo, hubo que buscar una cantidad para los gastos extraordinarios a que nos obligaba nuestra alcurnia. Recordarás que bendijo la unión el señor arzobispo...

DIEGO.—¡Y la boda salió mal! ¡Si la casa un presbítero sencillo, nos lucimos!

AUGUSTO.—Fué madrina su majestad, y en representación suya...

DIEGO.—Recuerdo, recuerdo...

AUGUSTO.—Los veinte mil duros que precisé en aquella ocasión para celebrar el matrimonio con el boato debido...

DIEGO.—Debido: también lo recuerdo.

AUGUSTO.—Me los facilitó un deudo mío, el conde de Gras; un par de años después me hizo una indicación, y para devolvérselos inmediatamente, como exigía mi honor, caí en las garras de un usurero. Venció el plazo de este segundo apuro y caí con un tercero. Ahora lo reclama... y no encuentro el cuarto.

DIEGO.—En este caso sí que es un dolor el que se interrumpa la genealogía.

AUGUSTO.—Cuento con saldar de un golpe y en junto al recibir la herencia del tío Sebastián.

DIEGO.—¿Ese tío que no se muere?

AUGUSTO.—¡Con setenta años y baldado!...

DIEGO.—A él que más le daba ya morirse.

AUGUSTO.—Claro.

DIEGO.—¿Y serás tú el heredero?

AUGUSTO.—Soy el único sobrino.

DIEGO.—¿Y Leopoldo?

AUGUSTO.—Sobrino segundo, y el tío le quiere menos.

DIEGO.—En cambio, vosotros dos le queréis lo mismo; los dos queréis heredarle.

AUGUSTO.—He acudido, suplicándole este pequeño favor—trescientas mil pesetas, que para él no son nada—a Ismael.

DIEGO.—¿E Ismael?

AUGUSTO.—Está conforme. En realidad, el favor consiste en no divulgarlo, puesto que la garantía de nuestras posesiones es sobrada, y en que se contente con una simple escritura en lugar de elevarlo a escritura notarial.

DIEGO.—Ya es mucho.

AUGUSTO.—En confianza, te diré que el amigo Peña se muestra muy deseoso de servirme: esta gente de negocios se paga mucho de la intimidad con nosotros. Por eso le he traído a casa...

DIEGO.—Bien, bien.

AUGUSTO.—Te confío este secreto...

DIEGO.—Ya tengo mi capital redondeado.

AUGUSTO.—¿Cómo? ¿Tienes tú capital?...

DIEGO.—En secreto. Es la fortuna de los parientes pobres. A mí no puedes acudir más que para contármelo.

AUGUSTO.—Confío, ¿eh?